

JOSÉ KOZER  
Principio de realidad

*bokeh* ✱

© José Kozér, 2015

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2015

© Bokeh, 2015

ISBN: 978-94-91515-30-9

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

*Principio de realidad*

[A LAS DIEZ EN PUNTO OYE]

A las diez en punto oye al sinsonte, pájaro  
sobregirado.

No le impresiona aquello que en la Naturaleza  
se desgañita: por otra  
parte considera que  
un paramecio debiera  
exacerbarse y ser  
bisonte. Ríe.

¿Quién soy yo para estimar las creaciones de  
Dios, reputadas de  
haber sido calculadas  
al dedillo, desde un  
propósito ulterior  
inabordable que  
no nos corresponde  
enjuiciar ni alterar?

Burra bestia deja todo en su lugar, siéntate al  
torno, pinta la vasija  
con un diseño de  
propia elucubración  
(ave estilizada a tres  
colores: punzó ébano  
gualda): y bebe una

taza de té, orina, no  
andes más trasteando  
con lo que tu burra  
bestia cabeza denomina  
potenciales.

La  
vaca  
que  
vuela,  
un  
ejemplo.  
El  
sinsonte  
de  
canto  
monocorde.  
El  
bisonte  
que  
al  
detenerse  
se

enraíza, surge una buganvilia florida, maleza  
requemada, o la sola  
flor de una alcachofa  
que no fruteció. Son  
las diez pasadas,  
repara en que sigue  
de pie, aún no ha  
desayunado: baja

nefelibata de esa  
nube (cúmulo) y  
se sienta. Hoy no  
soy samurai, monje  
Zen, recluso en Han  
Shan, lector de  
tabaquería: no es  
tampoco pieza de  
museo la vasija  
que a estas alturas  
del día tendría que  
haber terminado.

Respira. Oye respirar. Descarta la respiración. Se  
descarta. El ave trina  
treinta variaciones de  
siete cantos de pájaros  
posibles que la voz del  
sinsonte recoge. Acoge.  
El pájaro no se oye.  
Entorna la vista, no  
lo oye ni ve pasar  
al bisonte rumbo a  
su extinción: al  
paramecio a su  
incesante reproducción:  
o a la vasija que de su  
mano aguarda (grecas  
azules ribeteando) la  
quietud de la arcilla  
en una de sus  
modificaciones.

*Principio de realidad*  
[LA / FLOR / DEL / DESIERTO]

La

flor

del

desierto

culmina

anegada

por ríos y ríos de arena.

*Principio de realidad*

[SENTARSE / ENCIMA / DEL / AIRE]

Sentarse

encima

del

aire

(Lao Tze no cabalga en un corcel sino a la mujeriega  
en un jamelgo matalón):

caminar

sobre

las

aguas,

el

Nazareno (experto en amainar los vientos) guía a la

otra orilla seis botes

plateados (espejismo

estival, y no metal)

los pescadores

preparando las

sartenes para el

pescado menudo

(dan para doce

multiplicado por

cinco) son

tareas

de

la

sustancia incorpórea donde no habita la Muerte, ni

nada. Ni nada. El cuerpo  
glorioso está exento de  
cuerpo y gloria, de  
sustancia incorpórea,  
aire y agua, carece de  
amalgama, función  
racional, y del menor  
impulso fisiológico:  
no se divide ni  
multiplica, no tiene  
negativo ni condición,  
tampoco situación,  
la media hora del

renacuajo

y  
del

paramecio (en sordina) vibra donde se hicieron

humo (humo disuelto  
de toda conexión, el  
humo incluido) quienes  
(vaya alarde) galoparon  
el viento o anduvieron  
sobre las aguas (se dice  
anduve no se dice andé,  
qué pesadez). Tomo  
en cuenta la lección,  
y desde una conciencia  
sobresaltada y (entre  
comillas) realista, me  
atengo a los

quehaceres

del  
día  
sin ínfulas milagreras, la viscosidad de un más allá  
musical (piramidal): la  
carne superada en feraz  
continuidad para qué.  
¿Leer? ¿Bosquejar?  
¿Seguir inscribiendo?  
¿A ratos conversar con  
Baudelaire y Cioran  
que aún no salen de  
su asombro? Por favor.  
Aquí. Este frondoso  
asidero. Rabadán y  
morueco (multiplicarse  
de uno en uno, nunca  
cinco por cinco, milagro  
del cinco es ser cinco,  
helo ahí que viene  
saltando por las  
montañas, y no da  
veinticinco, mil).  
Otero y cubil. El  
cubil un cuarto de  
lectura medio  
destartalado y más  
que suficiente, en el  
otero un pinar (nada  
de cedros del Líbano):  
bajo un par de matas  
de fronda perenne,

almorzar con  
Guadalupe, Aldonza  
y nada de dulcineas,  
Guadalupe de cuello y  
corbata qué te parece:  
y yo de túnica recogida  
a la altura de las rodillas,  
reír, flautas remedar,  
Baco para Guadalupe,  
Calipso para mí: copioso  
estambre se desenrolle  
de la madeja, de

tarea  
en  
tarea  
nos  
conduzca  
(nada  
que  
declarar).

*Principio de realidad*

[MI DESEO NO ES UN PEDAZO DE PAN]

Mi deseo no es un pedazo de pan sino toda la harina  
convertida de nuevo  
en espiga pasada por  
la mano del molinero,  
harneros, cribas, polvo  
del Ser trajinado,  
vuelto de revés,  
pisoteado (amasado)  
la luz que entra por  
la ventana ilumina  
a la vez la hogaza  
y la boca.

Mi deseo es una muerte segura sin retintín de Dios  
ni sus recámaras: del  
Ser Supremo ser a lo  
sumo George Herbert  
(«*we are but flowers  
that glide*») en mi caso  
una vicaria no sé si  
blanca o rosa, en todo  
caso de un color que  
se pierda entre la  
multitud irisada de  
los colores (sin  
gradación): un

mismo blanco para  
todos, una veta única  
en los pétalos (a  
tierra) deslizándose.

Tras la caída en gran medida retórica de la flor, polen  
en el pico del ave,  
su recorrido corta  
distancia, abatirse,  
mezclarnos: Dios  
fingir mi reaparición.  
Apenas. Ir variando.  
Hormiga. Mosca. Ir  
insignificando. Avispa.  
Culebra. Ave de corral.  
Mugido, Io, Penélope.  
De su progenie salir  
a buscar otra vez al  
padre. Verlo volver.  
Reconocerlo (el perro):  
más desconocido ahí  
está que nunca: así los  
padres. Oír (aguantar)  
sus historias. Un  
amanuense registrarlas  
(no participar). El viejo,  
drupa de una encina; la  
vieja, flor de higuera o  
azahar.

El Paraíso, abrigo del Vacío, espera. A Poniente. En

el punto donde la Isla  
se estrecha entre un  
mar perezoso y una  
tierra cauterizada por  
los acontecimientos.  
Tintero. Letra Palmer.  
Papel secante. Un  
borrador. El terror a  
la mujer de trenzas  
negras de pie ante el  
pizarrón. Aplástala,  
Señor, en mí: y que  
me deje, furtivo,  
salir a las ferias,  
a los montículos,  
las esquinas, y ser  
un andrajoso curtido  
con el destino  
hipotecado de un  
peón caminero,  
quizás un cerrajero  
de mirada ciega a  
Dios oyendo  
maquinar sus  
tremedales. Sólo  
bóvedas. Vacías.  
Y muerte natural.  
De la flor. La  
alimaña. El mito  
a los eslabones del  
espejismo.